

EL CORRICOLO.

El corricolo es sinónimo de calessino, pero como no hay una igualdad completa, esplicaremos la diferencia que existe entre el corricolo y el calessino.

El corricolo es una especie de tilburí destinado en su origen á contener una persona y á ser arrastrado por un caballo; actualmente se enganchan dos caballos, y conduce de doce á quince personas.

Y no se crea que va al paso como las carretas de bueyes de los reyes francos, ó al trote como el cabriolé de una administración, no; va al galope sostenido; y el carro de Pluton que llevaba á Proserpina por las orillas del Himere, no iba mas veloz que el corricolo que surca los muelles de Nápoles sin detenerse, caminando sobre un suelo de lava y levantando el polvo de sus cenizas.

Sin embargo, en realidad no tira mas que uno de los caballos, el de varas. El otro, que se llama el bilancino, y que está enganchado á un lado, salta, caracolea, escita á su compañero, y esto es todo lo que hace. ¿Qué dios, como á otro Tytico, le ha concedido este descanso? Es la casualidad, es la Providencia, es la fatalidad; los caballos, como los hombres, tienen su estrella.

Hemos dicho que este tilburí destinado á una persona, conduce ordinariamente doce ó quince: esto exige una esplicacion, como comprendemos perfectamente. Un antiguo proverbio francés dice: «Donde hay para uno hay para quince.»

Sin embargo, así sucede con el corricolo: ¡hasta tal punto la civilizacion desarrollada ha tergiversado el destino primitivo de cada cosa!

Cómo y en cuánto tiempo se ha hecho esta aglomeracion sucesiva de individuos en el corricolo, es lo imposible de determinar con precision. Contentémonos con decir cómo se verifica.

En primer lugar, y casi siempre, un fraile grueso está sentado en medio y forma el centro de la aglomeracion humana que el corricolo lleva como uno de esos torbellinos de almas que el Dante vió siguiendo un gran estandarte en el primer aposento del infierno. Lleva sobre una de sus rodillas alguna fresca nodriza de Aversa ó de Nettuno, y sobre la otra alguna linda aldeana de Bauli ó de Prócida; á ambos lados del fraile, entre las ruedas y la caja, se colocan de pie los maridos de aquellas damas. Detrás del fraile se levanta sobre la punta de los pies el propietario ó el conductor del vehículo, teniendo en la mano izquierda la brida, y en la derecha la larga fusta con que mantiene en una constante é igual velocidad el paso de sus dos caballos. Detrás de este se agrupan á su vez, y á la manera de lacayos de casa grande dos ó tres lazzaroni que suben y bajan, se suceden, se renuevan, sin pensar jamás en pedirles una propina en cambio del servicio prestado. Sobre las dos varas están sentados dos muchachuelos recogidos en el campo de tierra del Greco ó de Puzzoles, ciceroni supernumerario de las antigüedades de Herculano y de Pompeya, guías prófugos de las antigüedades de Cumas y de Baias. En fin, por debajo del eje del carruage entre las dos ruedas dentro de una red de gruesas mallas y que va dando sacudidas de alto á bajo, á lo largo y á lo ancho, se remue-

ve alguna cosa informe, que rie, que llora, que grita, que gruñe, que se queja, que canta, que se burla, y que es imposible distinguir en medio del polvo que levantan los pies de los caballos: son tres ó cuatro muchachos que no se sabe á quien pertenecen, que se ignora adonde van, que viven no se sabe cómo, que estan allí sin que se sepa cuando han venido, y que permanecen allí no se sabe por qué.

Ahora poned debajo unos de otros, al fraile, la aldeana, maridos, conductor, lazzaroni, muchachuelos y muchachos: sumad el todo, añadid la nodriza olvidada y tendreis vuestra cuenta. Total quince personas.

Sucede algunas veces que la fantástica máquina, cargada como vá, pára sobre una piedra y vuelca: entonces todo el cargamento del carruage se esparce por el camino lanzado cada uno á mas ó menos distancia segun su mayor ó menor gravedad. Pero todos se reponen al punto, se olvidan de su accidente para no ocuparse mas que del fraile: le palpan, le vuelven, le revuelven, le levantan, le preguntan. Si está herido, todo el mundo se detiene, uno le lleva, otro le sostiene, otro le menea, otro le acuesta y otro le vela. El corricolo está colocado en un rincon del patio, los caballos entran en la cuadra: por aquel día el viage ha concluido; se llora, se lamenta, se suplica. Pero si por el contrario, el fraile está sano y salvo, nadie tiene nada; vuélvese á subir en su sitio, la nodriza y la aldeana ocupan de nuevo cada una el suyo; todos se colocan otra vez en sus diversos asientos, y con solo el grito escitador del conductor, el corricolo emprende su intrépida marcha, rápida como el viento é infatigable como el tiempo.

He aquí lo que es el corricolo.

ALEJANDRO DUMAS.

ETNA.—Volcan de Sicilia, cuya altura es de cerca de seis mil pies, y su base de cuarenta leguas en contorno. La temperatura de la montaña sube ó baja segun las diferentes alturas. Se ha dividido en tres regiones. Primera, la del cultivo; segunda, la de los bosques, y tercera la de las nieves. Se cuentan mas de ochenta erupciones de este volcan: la de 1812 duró muchos meses. La lava de la erupcion de 1753 tenia cien pies de espesor, y contaba nada menos que una legua de ancho y cuatro de largo.

EL FRISON DE LA MAZA.

I.

Eran hombres fuertes y que encontraban menos pesados su hierro y su acero que nosotros nuestro terciopelo.

VICTOR HUGO.

Dos hombres, que habian conservado la tez fresca de los climas del Norte, desafiaban hacia una hora los ardientes rayos del sol de Portugal, un poco templados es verdad, por la brisa del mar; porque estaban sentados á la embocadura

del Tajo, con los ojos fijos sobre las olas inmensas, de las que parecían aguardar algún suceso. Era una hermosa mañana del mes de junio del año 1217.

Uno de aquellos dos hombres era un armero liejés; el otro un pescador de la isla de Walcheren. Los dos habían formado parte de la tripulación de una de las ligeras embarcaciones que acompañaban al conde Baudoúin de Hainau, cuando había ido á la conquista de Constantinopla: un pequeño buque separado de la flotilla por un temporal, había sido arrojado á las costas de Portugal. Habían sido allí acogidos con una generosa hospitalidad; habían encontrado en Lisboa compatriotas que los habían recogido, y á los catorce años de haberse establecido allí cada uno en su profesión, se habían casado los dos.

—Decididamente no llegan, dijo el armero; estas tardanzas me hacen daño; estoy como en un potro.

—Tengamos aun paciencia, respondió el pescador, un ejército no se recoge de una tirada de esparabel.

—Pero á la vuelta de la última gran pesca que habeis hecho en las aguas de vuestra querida Zelanda, nos habeis traído, Juan, con vuestros bacalaos, nuevas que me habían hecho tener esperanza. ¿No estáis seguro de que nuestros amigos llegarían en el mes de junio?

—El mes de junio no ha pasado todavía.

—¡Ah! Vosotros estaís tranquilos en vuestra isla. Yo estoy entre el yunque y el martillo. Los moros van á volver á exigir su execrable tributo.

—No lo será hasta dentro de diez días, Huberto. Nosotros tenemos á lo menos para desovar en alta mar dos escuetos.

—Somos unos locos en haber permanecido en tal país.

—Eso es lo que yo digo. Así, tengo una barca sólida y que puede sufrir el mar; tiene dos masteleros y un puente bien cerrado. En ocho días, si nuestros camaradas no han parecido no aguardo al rey de Marruecos, me embarco con mi muger y mis seis hijas, y me voy á Zelanda: ¡adiós sol abrasador! Yo encontraré alegremente la buena manteca fresca de mi isla y mis rebanadas de pan moreno.

—De buena gana partiría yo con vos, Juan, replicó el liejés, si mi joven cuñada quisiera acompañarnos, ó si mi imbécil hermano hubiera venido, á quien yo la destinaba. Porque este país es en verdad demasiado peligroso.

—En efecto, prosiguió el zelandés de la isla de Walcheren, el Portugal no es seguro. Sin embargo, ha recibido de los nuestros una buena ayuda hace setenta años. Porque en 1147 los moros eran todavía dueños de Lisboa. El conde Alfonso, que fué el primero que se hizo proclamar rey de Portugal, sitiaba esta ciudad sin éxito. Después de muchos meses de vanos esfuerzos, perdida ya toda esperanza el Portugal iba á cesar de ser cristiano, cuando una flota de cristianos armados á la voz del bienaventurado San Bernardo se detuvo aquí felizmente. La Santa Sede, que no se ocupa mas que de estender la fé, había recomendado á los nuevos soldados de Jesucristo combatir á los infieles en todas partes donde los encontrasen. En cuanto Alfonso I supo la llegada de los estandartes cristianos á la embocadura del Tajo, acudió allá:—Buscáis á los sarracenos, dijo á los cruzados, no vayáis mas lejos, están aquí. Ayudadnos á purgar una tierra que ha recibido la fé del Señor, y ricas posesiones recompensarán vuestro esfuerzo.

Estos cruzados eran franceses, zelandeses, liejeses, flamencos, brabantones, frisonos y holandeses. Arnulfo de

Aerschot, que los mandaba, se unió con todos sus bravos al rey Alfonso. Al cabo de cuatro meses, Lisboa fué tomada, la guarnición morisca pasada á degüello y todo el país evacuado por los infieles. Una parte de nuestros conciudadanos consintió en permanecer y se fijó en los ricos dominios que les ofrecía el reconocimiento del rey Alfonso; y nosotros hemos sido felices en encontrar aquí sus hijos. Es triste que no hayan quedado aquí todos; en ese caso hubieran protegido el Portugal.

—Mientras ha vivido Alfonso I, prosiguió el liejés, parece que se mostró dignamente y que el cuchillo no tropezó en la manga. Pero Sancho, su sucesor, se ha dejado pronto dominar. Ha tenido miedo de los moros. Los ha rechazado con oro, en lugar de rechazarlos con el acero; y lo que es mas afrentoso, ha consentido en pagar todos los años al rey de Marruecos un tributo de cien esclavos cristianos.

El armero, al decir estas palabras, hizo la señal de la cruz; luego continuó:

—Desde hace seis años que Alfonso II recibió la corona, trabaja lo posible por librarse de tan vergonzosa mancha. No lo conseguirá.

—Cuando os digo, Huberto, que vendrán nuestros amigos. Contad con Guillermo de Holanda: la voz del soberano pontífice no habla en vano á nuestras buenas comarcas. En todo lo que se ha hecho de brillante hasta aquí en las cruzadas, los hijos de los Países Bajos han tenido su parte. No será la primera vez que Guillermo llevará la cruz en su armadura. El buen conde Florent III, su padre, ha muerto en Palestina, y tiene su sepulcro en San Pedro de Antioquía. Guillermo le había acompañado.....

En aquel momento el liejés interrumpió á su amigo cogiéndole el brazo; y tendiendo su mano derecha sobre el mar, exclamó:—¡Una vela á la vista!

—¡Una vela! replicó el pescador después de haber mirado un minuto á través de un largo tubo de madera que le servía de bastón, y que podía representar un anteojito sin cristales, porque los anteojos de larga vista todavía no se habían inventado;—¡una vela! Si no me engaño, hay dos, y desfilan gallardamente.

Los dos navíos se aproximaban con tal velocidad, que poco después hizo un movimiento el pescador:—¡una vela cristiana! exclamó,—¡perseguida por un corsario de Marruecos!

La excelencia de su vista no le había engañado. Era, en efecto, un pequeño buque frison. El navío moro que le daba caza parecía mucho mas fuerte. Los frisonos se defendían perfectamente, lanzando con rapidez cestones de guijarros, por medio de catapultas, lo que no impidió á los sarracenos amarrar la pequeña embarcación con un harpon de hierro, y de lanzarse al abordaje.

Los dos espectadores de la costa, no pudiendo socorrer á sus hermanos, se habían puesto de rodillas y oraban. El combate se dió á su vista, á la distancia apenas de media legua. Seguían todos los movimientos, y los latidos de sus corazones marcaban las fases de aquella lucha encarnizada. Habían visto cuatro hombres de la tripulación frisona arrojar al mar, y se alarmaban no viéndolos reaparecer. Veían una masa de sarracenos lanzándose sobre el buque neerlandés, y rechazados por una especie de gigante que se agitaba de un extremo al otro del puente, teniendo por arma una enorme maza.

Bien pronto el pescador Juan distinguió claramente que los frisones echaban cuerdas, y vió á los cuatro camaradas, cuya ausencia les inquietaba, volver á subir al puente. Entonces un vigoroso hachazo cortó la cadena del harpon que detenía al barco cristiano; los frisones se alejaron. El corsario pareció singularmente pesado en su marcha, y ya fuera de estado de proseguir su caza; en pocos instantes pareció que se hundía, y de repente se le vió sumergirse con un estrépito horrible.

—¡Se han salvado! exclamó el liejés saltando de placer.

—Ahora comprendo á mis cuatro valientes, dijo el zelandés. Eso es de buena guerra.

Eran buzos, como los había entonces en la marina de los Países Bajos, que se arrojaban al mar al principio de un encuentro, se aproximaban sumergiéndose bajo el navío enemigo y le horadaban por varios sitios con largas barrenas: maniobra que ordinariamente le echaba á pique.

El navío frison se aproximaba, sin embargo, á la señal de los dos amigos. En cuanto estuvo al alcance de la voz, el zelandés, poniéndose el tubo en la boca, que de este modo le servía para muchos usos, se puso á gritar en su lengua nativa:

—¡Viva la cruz!

Al punto se destacó una canoa, en medio de los gritos de alegría; y los dos conciudadanos, conducidos sobre el puente, sirvieron de pilotos al buque, que ancló en el puerto de Lisboa.

II.

Dos horas mas tarde, la muger del pescador, que iba sin cesar á la puerta de la casita orilla del Tajo, inquieta por no ver volver á su marido, le descubrió al fin rodeado de cabezas rubias, á quienes dominaba un hombre colosal, armado de una pesada estaca, al extremo de la cual tenía una sólida maza. Este era aquel hombre que los dos amigos habían visto barrer con tanta actividad el puente de sarracenos.

Al extremo de una pequeña calle próxima, se dividieron. El mayor número desapareció con el armero, quien, alegre al saber que su hermano llegaba, condujo á sus viajeros á su casa y á las de sus amigos. Cuatro tan solo, entre los que estaba el gigante, acababan de alojarse en casa del pescador.

El que designamos bajo el nombre del gigante, lo merecía por su talla y por su fuerza poco comunes. Era un frison, á quien la naturaleza había dado una talla maravillosa. Tenía á lo menos seis pies, y se aseguraba que hacía frente á ocho hombres. Además era bello y bien proporcionado. Su rostro, franco y resuelto, ostentaba bajo una rubia cabellera, ojos vivos, dientes soberbios, y una tez fresca como las rosas. Tenía veinte y cuatro años y se llamaba Gankema. Sus camaradas se complacían en distinguírle mas especialmente bajo el nombre de *Frison el de la maza*, á causa de su arma particular, y porque al recibir sobre su jubón la cruz de los peregrinos armados, había hecho voto de no descoserla hasta que su maza formidable hubiera aplastado doce sarracenos.

El frison, al entrar en la casa del pescador, arrimó su maza á la pared, y al punto que oyó á las seis hijas de su huésped hablarle la lengua de su país, dió tres ó cuatro

saltos por la habitación, con peligro de hacer saltar el frágil techo. Luego se sentó sobre un banco, y viendo sobre la mesa un enorme pan tierno, cogió un gran pedazo y lo partió con unos dientes que revelaban un estómago vigoroso.

—Os decía, pues, replicó dirigiéndose al zelandés y reanudando una conversacion interrumpida, os decía que nosotros llegamos. Así nada de temor, y esas niñas que teneis, aunque su cútis sea un poco tostado, no serán entregadas al rey de Marruecos.

—Estoy tranquilo en efecto, dijo el pescador; los parages en donde hemos anclado me parecen mejores, puesto que estais aqui. Huberto el armero no estará inquieto por su cuñada. ¡Pero habeis tardado mucho!

—No se hace todo lo que se quiere, mi digno compadre. ¿Por qué no habeis pescado todavía una ballena?

—Porque no tengo lo que es preciso.

—El conde Guillermo ha tenido hasta ahora la misma disculpa, y de él se puede decir que todavía no ha sabido decir á lo que sabe el descanso. Cuando el rey de Portugal ha implorado su apoyo, al mismo tiempo que el gran papa Inocencio III predicaba fervorosamente la cruzada, no solo contra los infieles de la Palestina, sino contra los sarracenos de la Sicilia, del Portugal y de la España, todos nuestros compatriotas han comprado armas, y aun los niños han querido cruzarse. Pero antes de dejar sus estados de Holanda, de Zelanda y de Frisia, Guillermo debía asegurarles la paz en su ausencia; y en fin, hémos ya numerosos; el mismo señor obispo de Utrecht está con nosotros.

—No nos decís, no obstante, dónde está el ejército neerlandés.

—Quereis, Juan, que la Trinidad venga con las Pascuas. Parece que los sarracenos se toman el trabajo de guardar vuestras costas, porque están empeñados con nuestra flota, de la que nos han separado.

—Sin interrumpiros, señor, dijo en este momento la muger del pescador, la comida no puede seros desagradable.

Los cruzados, advertidos ya por el agradable perfume de un frito de carnero con casañas, se aproximaron alegremente á la mesa donde se ostentaban dos jarros de vino de Faro de color de oro; y despues de decir en comun el *Benedicite*, se sucedió ese silencio solemne que se concede á los primeros momentos del apetito. Las conversaciones continuaron en seguida. Cuando el frison no vió ya nada sobre la mesa, se levantó diciendo:

—Vamos al puerto á saber noticias.

Los convidados del pescador no tuvieron que ir muy lejos. Los gritos de alegría y el sonido de las campanas de todas las iglesias de Lisboa, anunciaban el feliz arribo de los cruzados. Todos los navíos neerlandeses estaban en el puerto; el conde Guillermo, que en efecto había mandado al obispo de Utrecht Otton Vander Lippe acompañarle en la guerra santa, hacia, con el generoso prelado, una entrada que era un triunfo.

El rey Alfonso II acudió á la costa; quiso ser el primero á dar la mano á Guillermo y los demas gefes, en quienes veía á sus libertadores. Hizo montar al conde y al obispo en dos magníficos caballos, les colmó de honores en la marcha, y los condujo con pompa á su palacio, donde bien pronto se les sirvió un festín improvisado. Se supo con alegría en toda la ciudad que los cruzados habían ya batido á los mo-

ros, y todas las casas se creyeron felices con tener que obsequiar á algunos de los amigos que iban en socorro del Portugal. Fué en toda Lisboa una expansion de placer que se continuó los dias siguientes.

El armero liejés, que ganaba con su habilidad mucho dinero, en un pais en que todos los ciudadanos debian hacer en ocasiones el oficio de soldados, habia recibido en su casa doce cruzados, á quienes regalaba. Estaba sobre todo contentísimo por haber hallado á su hermano entre los defensores de la cruz. Su hermano Lambert era como él constructor de armas; queria unirle doblemente asociándole á su industria, que le costaba trabajo desempeñar solo, y haciéndole casarse con la hermana de su muger. Era esta una jóven lisboesa de honrada familia, cuya belleza se admiraba, pero que hasta entonces no se habia mostrado sensible á ningun galanteo á pesar de sus diez y ocho años. Su hermana mayor era feliz con Huberto; la habia frecuentemente hablado del hermano de Lieja á quien se esperaba; la bella Rosalía se disponia á juzgarle.

Siempre hay inconveniente en ponderar de antemano el retrato de un futuro esposo. La fisonomía parada del recién venido liejés no agradó á la jóven. De todas aquellas rubias cabezas del Norte que tantas veces le habian ponderado, no vió mas que una sola que le pareciese pasable; la animada y atrevida del frison del mazo, por mas que la costumbre que tenia de llevar siempre con él su espantosa arma, aun al visitar á sus amigos en la ciudad, la hizo reir con toda gana. La segunda vez que le vió en casa de su cuñado, la jóven lisbonense no pudo menos de dirigirle la palabra; le preguntó cómo podia llevar un arma tan pesada.

—¡Oh! es muy fácil, señora, dijo; pero si los marroqueses tuvieran cabezas como la vuestra, estoy seguro que mi maza no rompería ninguna.

El frison sin pensarlo, estaba galante; y no observó que su galantería no desagradaba. A pesar de eso, se sintió un poco herido por las miradas de la estrangera.

III.

Al sexto dia de haber llegado el ejército del conde Guillermo á Lisboa, llegó el fin de las fiestas. De repente se espacieron nuevas alarmantes. Se anunció que los moros desembarcaban en inmenso número. Apresuradamente habian reunido todas sus tropas; iban á reclamar su tributo, y en caso de necesidad presentar la batalla á los cruzados antes que fuesen mas fuertes.

El ejército de los sarracenos, que desde la misma noche avanzó bajo los muros de Lisboa, era fuerte, se dice, de cincuenta mil guerreros; los cruzados, mandados por Guillermo, no pasaban de ocho mil. No obstante, el conde de Holanda habia aconsejado dejar desembarcar á todos los enemigos; al mismo tiempo habia ordenado al comandante de su flota estuviere dispuesto á largar velas para cortar la retirada á los moros.

Al dia siguiente por la mañana, despues que todos los soldados de la cruz oyeron la Santa misa y confesado sus pecados, salieron de la ciudad para ir al encuentro del enemigo. A medida que pasaban, los buenos religiosos y los venerados prelados les bendecian en nombre del Señor; y marchaban con valor, decididos á morir ó á hacer triunfar la santa causa.

El ejército de los infieles se desplegó con ostentacion; y tan pronto se empeñó la batalla, que al instante los cristianos, neerlandeses y portugueses se encontraron envueltos por todas partes. Los caballeros no se turbaron por eso. Se vieron brillar en ellos rasgos de valor, á los que faltó un historiador. El choque de las armas ahogaba la voz; por todas partes corria la sangre. Entre los hijos de Frisia que se servian de la maza, se distinguia sobre todos Gankema, que formalmente ocupado de su voto, dejaba un espacio limpio á su alrededor sin recibir ninguna herida.

El conde Guillermo habia resuelto, en su plan de batalla, abrirse calle á través de las filas enemigas, por la parte del puerto, para apoyarse en su flota é impedir al mismo tiempo la retirada de los moros. Arrojándose en medio de una masa compacta de infieles, fué tan rudamente atacado, que su caballo, acerbillado á golpes, cayó. Iba á ser muerto, y ya el obispo de Utrecht que estaba cerca de él acababa de ser cogido prisionero; el ejército perdía sus dos gefes, si el gigante frison que velaba por la cabeza de su príncipe, no hubiese dado un salto en su ayuda, y barrido los moros á su alrededor. Lo levantó de entre los cadáveres, al mismo tiempo que el rey Alfonso II arrancaba el prelado de manos infieles.

Montado sobre otro caballo, Guillermo prosiguió su proyecto, atravesó las columnas enemigas y se desplegó ante el puerto. Hacia ya mas de cuatro horas que duraba la pelea, cuando por fin se declaró la victoria por los cristianos. Los sarracenos en derrota volvieron á sus naves, dejando en el campo catorce mil muertos y seis mil prisioneros, entre los que estaban dos de sus reyes. Un gran número de fugitivos se ahogó; muchos perecieron perseguidos por las naves de los Países Bajos; y al fin de la jornada, la ciudad, el pais y las costas se vieron libres.

La entrada de Guillermo en Lisboa fué un segundo triunfo, mas grande todavía que el primero. Todo el pueblo arrojado entonaba cánticos de accion de gracias y bendecian á los soldados de la cruz. Todo el clero de Lisboa fué delante de los vencedores, con sus trages de fiesta, llevando palmas en las manos y resonando el aire con cánticos alegres. Despues que los guerreros hubieron dado gracias al Todopoderoso ante sus altares, volvieron los gefes á palacio. Se exigió rescate por los dos reyes moros; se les hizo jurar que pagarían á su vez el tributo de dinero que habian ellos antes exigido. Se decidió que los seis mil prisioneros se conservarían como esclavos, hasta que el rey de Marruecos hubiese enviado mil doscientos cristianos que gemian todavía en sus estados, con la estipulacion de que se volverían dos sarracenos por un cristiano.

Durante las nuevas fiestas con que se celebró la independencia asegurada desde entonces del Portugal, el frison del mazo volvió á ver á la cuñada del armero. Conocidas eran las hazañas del gigante, y Rosalía le preguntó si estaba libre de su voto.....

Habia un interés singular en aquella pregunta y en el tono que la acentuaba.

—Señora, respondió, todos dicen que he trabajado algo; pero yo no he podido contar con seguridad mas que once cabezas de moros realmente rotas.

—Olvidais sin duda las del buque, el dia de vuestra llegada.

—¡Ah! ¡Sabeis ese encuentro, señora! Pero en aquellos

ignoro lo que hice, y no deben contarse. Me falta todavía una batalla.

—Así, ¿vais á partir?

Habia en esas pocas palabras un sentimiento que conmovió el corazón de Gankema, aunque él no pudo darse cuenta de ello.

—Señora, respondió suspirando, no sabría yo matar á un sarraceno desarmado, y no hay otros aquí. Y pues he tenido la dicha de socorrer á mi príncipe en esta ocasión, todavía tendré sin duda ocasión de serle útil. No debo abandonarle, mientras no plegue su bandera.

El frison volvió á coger su maza y se fué desconcertado, y al día siguiente no se atrevió á volver á casa del liejés.

Al otro día el conde de Holanda, de Zelanda y de Frisia, desprendiéndose de repente de aquellas fiestas, aprovechó un viento favorable é hizo dar la señal de la partida; la flota neerlandesa, colmada de bendiciones, se dirigió hácia la Palestina.

Gankema se volvió muchas veces para mirar á Lisboa. Cuando perdió de vista las costas de Portugal, su primer cuidado fué informarse si el hermano del liejés, el hombre destinado á la bella lisboesa, se había vuelto á embarcar con los cristianos. Supo que se había quedado en Lisboa: el corazón del pobre gigante se oprimió al saber esto.

IV.

Después de una feliz navegación, arribó la flota neerlandesa á la vista del Egipto. Guillermo habiéndose reunido á los demás príncipes cruzados, resolvió ir á sitiá á Damietta, cuya posición era importante. Es preciso no confundir esta plaza con la ciudad de este nombre que existe hoy. La antigua Damietta estaba en un sitio muy próximo al mar. Situada en la segunda embocadura del Nilo, tenía esta ciudad, por el lado del río, una doble muralla, y por el lado de tierra tres circuitos de bastiones. Una enorme torre, colocada en medio del Nilo, la protegía también. Esta torre estaba bien surtida de provisiones, y su considerable guarnición tenía en jaque á los navíos enemigos que querían aproximarse. Además una sólida cadena de hierro, tendida desde la torre á la ciudad, cerraba á los buques el paso del río.

Habiendo colocado su campo los cristianos en las risueñas campiñas que rodean á Damietta, bloquearon aquella ciudad del lado de tierra, y comenzaron el sitio por el lado del río. Este sitio debía durar largo tiempo. Los cruzados elevaron sobre sus buques galerías con puentes levadizos y escalas, y se aproximaron á las dobles murallas. Pero por parte de los sitiados brillaron también rasgos de valor. Los infieles se defendieron con tanto ardor, que los primeros cristianos que quisieron escalar fueron precipitados y perecieron tragados por el Nilo. Rechazados los caballeros así, tuvieron consejo; se había pasado la estación del verano en disposiciones cuya insuficiencia se reconocía. Se decidió que durante el invierno se contentarían con bloquear el río, y que de tiempo en tiempo, cada nación á su vez, con sus gefes y sus máquinas, se aventuraria á intentar el asalto. Pero conocían que era preciso romper por la cadena tendida, entre la ciudad y la torre. Entonces fué, dicen las crónicas, cuando el buen conde Guillermo I, se combinó con sus guerreros de la ciudad de Harlem, los cuales armaron la proa ó la punta de su navío con una larga y fuerte sierra de acero, es-

presamente hecha para el objeto; y al primer viento que les pareciese favorable, se lanzarían con gran violencia contra la cadena que debía romperse ó hacer astillas su navío. El éxito coronó su audacia; la cadena fué rota, los buques cristianos se hicieron dueños del río; y en honor de este buen golpe de mano, el emperador, señor feudal de la Neerlandia, permitió á las buenas gentes de Harlem llevar en adelante en sus escudos, entre las estrellas que eran su único ornato, la espada imperial. Encima de la espada, el patriarca de Jerusalem añadió la cruz, por la que habían combatido con tanta bizarría.

Llegó la primavera del año 1218 sin que se hubiera obtenido otro resultado. Entonces aquellos de los guerreros de los Países Bajos que tenían sus tiendas en la parte arriba del río, imaginaron construir, sobre dos navíos unidos por amarras, un gran castillo de madera, igual en elevación á la alta y vasta torre situada en medio del Nilo. En la cima de la pesada fortaleza flotante se fijó un puente levadizo que debía echarse sobre la torre de los infieles, y que llevaba una galería cubierta. El 24 de agosto (1218), la monstruosa máquina bajó por el río. Soldados decididos, elegidos entre los cruzados de los Países Bajos y del ejército del duque de Austria, ocupaban todos los pisos del fuerte movable y se disponían á combatir. Los marineros que los dirigían se detuvieron intrépidamente ante la torre de los infieles, y lanzaron sus áncoras con catapultas en las esplanadas inferiores de las murallas.

Un combate formidable empezó al instante: los cristianos rompieron la marcha por nubes de venablos y guijarros; los musulmanes, oprimidos en masa sobre su muralla, inundaban la torre movable con dardos inflamados y fuegos griegos. Todo Damietta de una parte, y de la otra todo el ejército de la cruz, reunido sobre la ribera, hacían votos ardientes. Pero en un instante la máquina empezó á arder; el puente levadizo, que se acababa de bajar, tiembla y se inflama; los primeros cruzados que se habían lanzado retroceden después de haber perdido una bandera, la del duque de Austria; los infieles triunfan.

En aquel momento terrible, todos los batallones cruzados que asistían desde la ribera á aquella gran lucha cayeron de rodillas, y todos los guerreros, desde el rey hasta el último de los soldados, se pusieron á orar golpeándose el pecho. El patriarca de Jerusalem, el obispo de Utrecht, todos los religiosos y todos los sacerdotes del ejército levantaban hácia el cielo sus manos suplicantes; y súbitamente, dicen todas las relaciones, se estingue el fuego griego como por un milagro; la máquina reaparece intacta, como si el fuego no la hubiese tocado. El puente levadizo cae de nuevo sobre la torre de los sarracenos, y los cruzados, recobrando brio, se lanzan á descubierto, blandiendo sus hachas de armas, sus picas y sus mazas.

A la cabeza de los primeros que pusieron el pie sobre las almenas de la torre, machacando á través de mil peligros á un enemigo determinado, iba, según todos los historiadores, un joven frison de alta talla, que armado de una maza, rechazaba á los infieles ó los destrozaba en sus armaduras. Era Gankema. Al tomar posesión de la torre, se apoderó del estandarte amarillo del sultan: —«Hé aquí, exclamó una bandera; ella pagará la que hemos perdido;»—y diciendo estas palabras, hacia sitio con su maza de hierro á sus compañeros que llegaban apresuradamente. Mas acorralado en un

rincon por un grupo de enemigos que querian atravesarle, reconoció que estaba solo y que los cristianos se hallaban apurados de nuevo. Un intrépido liejés, cuyo nombre no ha conservado la historia, luchaba todavía con un pie sobre el puente levadizo y el otro en la plataforma de la torre; hacia frente á un poderoso sarraceno, que daba recios golpes con gran audacia.

No observaba que una parte de los moros, retirados al piso inferior, cogian detrás de él á los soldados de la cruz con lanzas de gancho y los precipitaban en el río. El no veía otra cosa mas que, mientras combatia, un moro agachado rompía con su hacha el débil poste sobre el que estaba de pie. Sintió no obstante el estrecho piso crujir bajo sus pies; y no queriendo perecer sin que su muerte fuese útil, cogió por la pierna á su alto adversario, le arrastró en su caída, y desapareció con él en el fondo del Nilo.

En aquel momento el frison, desembarazado y saltando sobre los cuerpos de los sarracenos que cubrian el suelo, volvió á la cabeza del puente levadizo; los moros habian desaparecido. Reparóse el puente; los cristianos se precipitaron en el, y quedaron entonces dueños de la torre. Encontraron los pisos inferiores evacuados: los infieles salvándose á nado se ahogaron ó fueron hechos prisioneros.

Esta conquista avanzó el sitio; el sultan del Cairo se alarmó al fin, y ofreció la paz, que fué rechazada, contra la opinion de Guillermo y contra las instancias de Juan de Brienne, rey de Jerusalem, que estaba en el campo con los demas príncipes cruzados: porque entonces su capital habia vuelto á caer en poder de los infieles. Aceptando la paz se hubiese libertado á los prisioneros cristianos; y ademas el sultan ofrecia poner los cruzados en posesion de la ciudad santa. Pero era sincero. La mayor parte de los caballeros no querian deber nada sino á sus armas; y aun algunos declararon que lejos de reconocer al sultan del Cairo por su aliado, pretendian unir el Egipto al reino de Jerusalem.

Prosiguióse pues el sitio de Damietta; y aunque esta desgraciada ciudad, oprimida tan de cerca, fué azotada por un hambre espantosa, se mantuvo firme mas largo tiempo que lo que se habia previsto. Hasta el 5 de noviembre, segun unos, ó el 9, segun otros, del año 1219, al principio de la noche, no se dió el último asalto. Se plantaron las escalas en medio del estruendo de un violento huracan, y subieron los cruzados sorprendidos de no hallar resistencia en ninguna parte. Era que la ciudad no estaba ya poblada mas que de cadáveres abandonados en todas las calles. De setenta mil habitantes que contaba Damietta al principio del siglo, no quedaban mas que tres mil en pie, á los que el hambre habia convertido en espectros. Los caballeros tuvieron piedad de los desgraciados, á quienes respetaron. Encontraron en la ciudad grandes riquezas; y este fué todo el fruto de aquella cruzada, que no fué mas lejos que para sufrir reveses.

El conde Guillermo emprendió entonces la vuelta á Europa; era llamado á sus estados. Gankema volvia con él, colmado de merecidas distinciones; Guillermo no olvidaba que mas de una vez le habia debido la vida, y habia prometido concederle todos los favores que estuvieran en su poder.—Yo no os pediria mas que uno solo, dijo el frison cuando se aproximó á las costas de Portugal: el de desembarcarme por un día en Lisboa.

El corazon del bravo, en medio de todas sus terribles

emociones, no habia olvidado á Rosalía. Estaba orgulloso de haber cumplido tan ámpliamente su voto; queria volverla á ver y decírselo. Pensaba con amargura que debia estar casada, dejándose llevar por el pensamiento de que acaso ella no amaria al hermano del armero. Pero dos años de ausencia la turbaban.

El conde de Holanda concedió sin vacilar la peticion de su valiente frison. A él mismo no le desagradaba ver la ciudad que habia salvado y que se curaba de sus heridas. Fué recibido allí por el rey Alfonso II y por su pueblo con un reconocimiento tan vivo como el día siguiente de la derrota de los moros, y su flota fué abundantemente provista de víveres frescos.

El frison habia ido corriendo á casa del armero: la primera persona que encontró á la puerta fué á Rosalía que se ruborizó á su vista. El gigante no pudo ocultar su alegría al saber que era libre todavía; el liejés, cobarde y perezoso, habia desagradado formalmente. Viéndole permanecer en Lisboa en lugar de cumplir su voto de seguir á la Tierra Santa, la altiva portuguesa le habia despreciado; todos los esfuerzos de su cuñado y de su hermana habian sido vanos contra su resolucion.

Cuando Gankema contó las batallas dadas y la muerte del bravo hijo de Lieja que en el combate de la Torre, habia arrastrado al sarraceno en su caída:

—Era uno de sus conciudadanos, dijo ella pensando en el que se la ofrecia por esposo; hubiera consentido en ser su muger, si hubiese vuelto aquí habiendo combatido al lado de esos bravos.

—Pero yo, dijo el frison, he cumplido mi voto... Luego, enrojeciendo hasta las orejas, iba, con una voz conmovida y un corazon palpitante, á balbucear no sé qué palabras, cuando los dos hermanos liejeses vinieron á interrumpirle invitándole á entrar.

Después de cuatro días de descanso delante de Lisboa, la flota neerlandesa estaba en alta mar. El pescador de la isla de Walcheren iba en ella con su muger y sus seis hijas. Cuando desembarcaron en la tierra nacional, los parientes de Gankema, que habian ido para abrazarle, vieron cerca de él una bella estrangera; era Rosalía, que no habia vacilado en abandonar su país para seguir á su valiente esposo.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

VALLE ENVENENADO.—Al acercarnos á este valle, llamado Grebodupas, dice un viajero recién llegado de Java á Londres, experimentanse fuertes náuseas, y una especie de aturdimiento, sintiendo un olor sofocante. Pero á medida que íbamos saliendo de sus límites se disiparon nuestros síntomas y pudimos examinar cómodamente el espectáculo que se desarrolló ante nuestros ojos. Puede tener el valle una circunferencia de una milla: es de una forma oval: su profundidad es de treinta á treinta y cinco pies. El fondo es enteramente liso, seco, desprovisto de vegetacion y sembrado de huesos humanos, de esqueletos de tigres, de jabalíes, de ciervos, de pájaros, etc., esparcidos en medio de gruesos trozos de piedra. No se nota ningun vapor, ni ninguna abertura en el suelo, que parece tan duro, tan sólido y compacto como la piedra. Los lados escarpados que rodean aquel

valle de desolacion, están cubiertos desde la cima hasta cerca de su pié de árboles y arbustos de bellísima vegetación. Valiéndonos de nuestros bastones de bambú, bajamos sobre aquellos lados hasta cerca de unos diez y ocho pies del fondo del valle. Cuando llegamos á aquel punto, hicimos andar un perro hasta el fin de la falda. En menos de quince segundos cayó sin movimiento, pero todavía respiró diez y ocho minutos. Otro perro, arrojado del mismo modo, cayó al suelo en diez minutos. Una polla no vivió sino minuto y medio, y pereció antes de haber llegado al fondo. Delante de nosotros se hallaba un esqueleto humano, que de buena gana hubiera yo querido recoger; pero hubiera sido una insigne tontería y locura el intentarlo. Adquieren en aquel valle los huesos una blancura de una apariencia cual si fuesen marfil. Créese generalmente que aquellos esqueletos humanos son de malhechores ó de rebeldes que perseguidos por los caminos han venido á refugiarse aquí y á buscar un abrigo en aquel sitio, ignorando los perniciosos efectos del aire que en él se respira. Las montañas inmediatas al valle son volcánicas, pero en el valle mismo no hay el menor olor sulfuroso ni apariencia alguna de erupción volcánica en ningún período.

EL CASOAR DE LA NUEVA HOLANDA.

Este gran pájaro, cuyo dibujo presentamos á nuestros lectores, no pertenece ni á la especie ni al género de los que se llaman *casoars* de la India. Malamente le ha conservado el vulgo el nombre de casoar, porque aunque presente con el ave así llamada cierta analogía en la forma exterior, se diferencia por caracteres zoológicos esenciales de ella. Su cabeza no está coronada del casco con cuernos que se nota en el casoar de la India. Está desprovista del apéndice de carúnculos carnosos que cuelgan del cuello de este último: su pico está deprimido, es decir, aplastado de alto abajo, en lugar de estar comprimido: es mas grande en su estatura: en fin, su patria es enteramente diferente: no se halla como el anterior en las islas del archipiélago indiano: habita, como lo indica su especie, en la Nueva Holanda, ó se le halla en particular en Botani-Bay, y en Puerto-Jackson. Los colonos ingleses de estos países le han dado el nombre de emou, en oposición al de emeu, con el que designan el *casoar* de la India, llamado por otro nombre *casoar con casco*. La ciencia no tardará sin duda en componerle otro nombre.

Las analogías de forma exterior entre esta ave y el casoar de la India son sobre todo las siguientes; tiene la talla y el aspecto del avestrúz de América: los dedos son en número de tres: su cabeza se halla cubierta ligeramente de plumas un poco crespas que son bastante raras debajo de la garganta para dejar distinguir en aquel sitio el color azulado, y en algunos puntos de purpurina de una piel en parte carunculosa: el pico es negro, y la porción inferior está dentada en las orillas: las alas son estremadamente cortas, mucho mas cortas aun que las del casoar de la India: están desprovistas de plumas remígeras, y no ofrecen las guías que distingue este último género del *avestrúz brevipennis*. El plumage es de un moreno gris, y compuesto casi uniformemente sobre todo el cuerpo de largos filetes con

pequeñas barbas que salen apareadas de un mismo tubo. Los polluelos están cubiertos de una especie de pelusilla ó edredon rayado longitudinalmente de moreno y blanco sucio.

Se sabe todavía muy poco acerca de las costumbres de este gran pájaro. Aliméntase principalmente de frutas tiernas, y de yerbas frescas. Se dice que en las localidades en donde vive naturalmente es muy feroz, y mas ligero en su carrera que un galgo. En otro tiempo se les cazaba activamente, porque su carne parece menos mala que la del avestrúz, y aun sabe un poco á la de buey, y los habitantes del país se alimentaban con ella.

Hoy parece relegada esta especie bastante lejos allende las montañas, y se ha hecho muy raro en los sitios donde antes existía con abundancia. Así se da un gran valor en las colecciones públicas á los individuos de esta especie que han podido conservarse vivos. La hermosa pareja que posee el jardín de plantas, ó casa de fieras de París, ha escitado la sorpresa de las numerosas gentes que acuden á visitar aquel hermoso establecimiento.

El mas grande de los tres individuos que representa el grabado que damos hoy en nuestro Museo es el macho. Hállase en el jardín de plantas hace catorce años. La hembra solo hace tres que está allí, y presenta casi el mismo plumage, y tiene la misma estatura que el macho. Este año ha puesto de once á doce huevos, que tienen casi dos terceras partes del grueso de los de avestrúz, y son de un bello verde esmeralda oscuro con pintitas de gris claro. La madre parece que no ha tomado el menor cuidado por ellos, porque tan pronto como los ha puesto los ha abandonado. Al contrario, el padre les ha prestado toda clase de cuidados: los colocaba con precaucion en un gran nido de paja á medida que iban saliendo: defendía con tenacidad y energía el que ningún importuno se acercase allí: no ha abandonado los huevos un solo instante, y definitivamente los ha empollado.

Este empollamiento ha durado setenta días, durante los que, segun ha referido la persona encargada de cuidarlo, no ha tomado ni la menor partícula de alimento; y sin embargo, la especie esta en sus tiempos comunes y normales es de una voracidad continúa. De nueve huevos que han sido empollados, tres han salido; uno de los polluelos ha sido aplastado involuntariamente por la madre: los otros dos son muy vivos, y crecen rapidísimamente. Se alimentan como el padre y la madre de pan, de yerba, y de ensalada, de que parecen muy golosos.

Los hemos representado con el macho solo que los cuida, porque la hembra han tenido que separarla por la excesiva ansia con que se echaba sobre la comida, y porque absolutamente no cuidaba, como habia hecho desde un principio, de su progenitura.

Si algun interés pueden tener estos detalles es porque se refieren á uno de los géneros de pájaros mas notables que se conocen, sobre los que todavía se tienen muy pocas nociones, y que tal vez depasarecerá totalmente esta especie de la creacion viva ante el desarrollo de la raza civilizada, como esas grandes especies de fósiles de la misma clase que debieron un dia poblar el mundo, y que únicamente por sus restos sirven hoy para el estudio de la zoología y de los hombres curiosos.

FERNANDO BELTRAN.



El casoar.